

misericordia de María, la mirada compasiva de la que llevó en su inmaculado seno á la misma Misericordia encarnada para remedio de los pecadores. Y nosotros la suplicaremos vuelva sobre ellos sus misericordiosos ojos.



## LIBRO PRIMERO

### EL ANTIGUO VALLE DE POMPEYA

#### CAPÍTULO I

##### POMPEYA ANTIGUA Y POMPEYA MODERNA.

El viajero que en pocas horas quiere visitar el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario, que se levanta majestuoso hácia la celeste Jerusalem en este *pedazo de cielo lanzado á la tierra*, al decir de los poetas que con este elogio celebraron la zona perivesubiana, se presenta en la estacion de Nápoles y pide billete de ida y vuelta para *Valle di Pompei*, que es la estacion inmediata á la de Pompeya: todo el itinerario se hace en 65 minutos.

El viaje no puede ser más delicioso: ni por un solo momento pierde de vista el viajero el bellissimo espectáculo que á su derecha presenta la mar con las múltiples ondulaciones de sus cristalinas aguas de un hermoso azul celeste. Ya ha llegado á la despejada y abierta playa. Ván

pasando á su izquierda la risueña Portici y Resina, antiguamente *Herculano* y *Oplonto*, hermanas en su desgracia de *Stabia* y *Pompeya*, sobre las cuales se levanta aterrador el Vesubio, eructando en altísimos espirales densa columna de humo.

A su derecha se extiende con gusto la vista sobre el vasto golfo, y se fija en el fondo de las montañas de Castelamare; volviendo luego la mirada hácia las poéticas costas de Sorrento, recuerda la gloriosa cuna del piadoso Cantor de Gofredo en la punta de Minerva, que se pierde allá en lontananza entre el azul de las ondas y el celeste del horizonte.

En esto ya avanza veloz la locomotora, dejando á la izquierda á Torre del Greco, la ciudad del Coral, reedificada nada menos que por doce veces por sus habitantes que, con invencible constancia, volvían á reparar los destrozos y las ruinas que en ella causara la inmundada lava del Vesubio, enemigo obstinado de unos ánimos aún más obstinados en el amor á su pátria. Más adelante se encuentra Torre Annunziata, con sus industrias y comercio florecientes. Y he aquí que hemos llegado ya á la estacion de Pompeya la vieja, pero todavía no estamos en el deseado término de nuestro viaje, en el valle del Santuario.

Y aunque desee ardientemente el piadoso viajero postrarse cuanto antes ante el altar de la divina Madre en su nuevo y monumental templo, al oír las voces del conductor que grita: *Pompei! Pompei!*, asómase como instintivamente á la puertezuela del coche, y ante aquel acervo de ruinas, agólpanse en confuso tropel á su imaginacion mil ideas de antigüedad, de historia, de paganismo, de catástrofes y de la caducidad de las cosas humanas. Pompeya! nombre histórico de fama mundanal, fascinador, que se atrae las miradas de todos los doctos. Pompeya, la más espléndida entre las ciudades etruscas que se gloriaban de tener por su metrópoli á Cápua. Séneca y Tácito, Floro y Tito Livio la llamaron bella y floreciente por los encantos de su cielo, por la actividad de su comercio y por la importancia de sus comunicaciones. Sentada sobre unos suaves declivos, descansaba su cabeza sobre las faldas de un monte de fuego, su seno era refrigerado por las cristalinas aguas que fluían del Sarno, y regadas por éste mismo rio —que entónces era navegable— extendíanse á sus piés praderas siempre risueñas y amenísimos jardines. Ese monte de fuego vomitó llamas devastadoras sobre aquella desventurada ciudad; torrentes de inmundada lava sepultaron toda su belleza; y la ceniza, cual

manto fúnebre, extendióse sobre ella para cubrir aquella inmensa hecatombe.

El pasajero no ve ahora más que una montaña de lava y de ceniza que sepultaron viva á una generacion entera; y sin parar mientras en la marcha del tren, absorto en las más tristes reflexiones, contempla sobre aquella desastrada montaña una hilera de vetustas murallas, de casas derruidas, de columnas despedazadas, unas en pié, otras por el suelo, bóvedas en ruinas, residuos de paredes con mil variedades de pinturas, y más allá el anfiteatro, testigo un día de humanas hecatombes: todo esto lo deja atrás con la velocidad del tren. A vista de tan luctuosos recuerdos, cierra inconscientemente los ojos, y triste y meditabundo su espíritu, se representa la vida y las costumbres de un pueblo que de la noche á la mañana desapareció para siempre. Allá en su imaginacion, exaltada con lo que acaba de presenciar, sueña ver larvas de romanos que vagan erráticas por aquellas cimas; más abajo aquellas solitarias piedras todavía en pié despues de dieciocho siglos, aquellas calles desiertas, y aquel laberinto de caminos que cruzan en todas direcciones, largos, estrechos, adustos, melancólicos; el suelo entapizado con las materias arrojadas por el Vesubio, en forma de trapecio; sus aceras soladas, impresas

todavía sobre sus piedras las señales de los vehículos; y las casas, las tiendas, los palacios, y los magníficos templos ¡qué conjunto tan lastimero! que parecen aguardar silenciosos á sus antiguos moradores. Las fuentes, las palestras para la juventud de ilustre nacimiento, las estatuas, las pinturas, las tumbas, los pórticos, los mosaicos, los teatros y el anfiteatro, recuerdan todo el boato y toda la grandeza romana.

Pero toda esa grandeza pagana desvaneciése en un instante como una sombra vana, como un sueño, una ilusion, y juntamente con ella duermen el sueño de muerte sus autores y admiradores. Toda aquella grandeza, como que nada entendía de la vida ultramundana ni de los inmortales destinos del hombre, concluyó para siempre debajo de una fria y pesada lápida sepulcral. El foro, los caños públicos, el templo de Apolo, el Panteon, el templo de Augusto, el vasto anfiteatro, los dos teatros, están mudos, como esqueletos de gigantes exhumados: ¡pesa sobre ellos el silencio sepulcral de dieciocho siglos!

---

Han pasado apenas cinco minutos, cuando el sonoro silbido de la locomotra despierta al ensimismado viajero, y le avisa que deja ya la estacion de la muerta Pompeya, y se acerca la

de Pompeya rediviva. Una vez aquí, cambia como por encanto la escena. Véase á cierta distancia una esbelta y elegante cúpula, reverberante de luz que refleja sobre su superficie de azulejos blancos y negros. Descúbrese inmediatamente al lado del Santuario un vasto edificio; síguenle á éste otros de modestas proporciones delante del Santuario; más abajo se presenta una anchurosa calle, hermosea con cuatro hileras de plátanos y de eucaliptus, y una *columna miliaria* con la inscripcion *Via sacra* por corona, y finalmente la estacion del *Valle de Pompei*.

Apenas uno se apea, cuando se deja oír alegre y festivo el sonido de una campana. Aquellos sonoros tañidos, resonando por todo el Valle, hacen penetrar sus armoniosas ondas hasta en lo más interior de las desiertas calles de la silenciosa ciudad. Son tan extraordinarias, tan insólitas las impresiones que el corazón cristiano experimenta cuando llega á este punto, que le cuesta trabajo reprimir la vehemencia de sus fuertes latidos.

Junto á la tierra sobre la que cayera el anatema del cielo y toda la ira de las divinas venganzas, junto á una tierra de muerte, se le presenta de repente la tierra de bendicion y de vida; frente á frente del derrocado anfiteatro

enrojecido con la sangre humana, se presenta erguido un templo vivo de fé y de amor, un templo consagrado al purísimo culto de la más pura y excelsa de las criaturas, la Madre bendita de Dios; y á una ciudad anegada en el piélago de sus inmundicias, sucede una ciudad de costumbres puras y de vida que se alimenta en la *nueva civilizacion*; en la civilizacion que trajo consigo el cristianismo, una ciudad que se inspira en el Evangelio, y vive de la savia vital del Evangelio: frente á la Pompeya pagana, la Pompeya cristiana. El silencio de dieciocho siglos es finalmente interrumpido por el festivo clamoreo del litúrgico bronce; y el tierno y angélico canto de unas niñas — *Huerfanitas del Rosario* — que en el recinto del Arca Santa alaban al Señor, alegran la secular tristeza de estos lugares. Es la nueva civilizacion que al lado de la antigua se muestra radiante de celestial belleza, el arte cristiano junto al arte pagano: el cristianismo, rico venero de vida, frente al paganismo ya muerto.

Pero este hermoso contraste de vida y de muerte preséntase todavía más grandioso, así que pasando los umbrales del naciente Santuario se penetra en él. Aquí resplandecen, con todos sus fulgores, la pintura y la escultura

modernas, cristianas é italianas. Aquellos mármoles de diversos colores, labrados con exquisito gusto artístico y de una lucidez incomparable, aquellas pinturas de la cúpula, del ábside y de la bóveda principal, con el bellissimo grupo de ángeles que corona toda la parte superior de la iglesia, aquellas estátuas de bronce y de mármol primorosamente ejecutadas; toda aquella riqueza de oro que con tanta profusion brilla en todo el rededor del inmenso edificio en aquellas deslumbradoras taráceas; aquella suavidad de colores y la maestría y la perfeccion que se admiran en todos los detalles del arte cristiano en magnífico estilo toscano, son voces que con irresistible elocuencia hablan así al corazon del peregrino, como al de otro cualquiera que ama y comprende la religion y el arte.

Aquí el arte nuevo sucede al antiguo; la civilizacion hija del Evangelio, sobrepuja la civilizacion pagana; el cristianismo triunfa gloriosamente del paganismo.

¡Quién dijera que todo este movimiento de arte y de vida, de civilizacion y de religion; todo esto que se presenta á los ojos del visitador cual una vision paradisiaca despues de las tristes y oscuras imágenes de las ruinas y de la muerte, apenas cuenta un lustro!

Y aquí deseará conocer el visitante cómo en tan corto espacio de tiempo háse verificado tan grande transformacion, que á los que no la han visto pareceles una exageracion, bien así como á los que la vén un sueño.

Para satisfacer su piadoso deseo, me será preciso retroceder algún tanto, hasta dar con los primeros principios de tan extraordinario fenómeno.

Mas antes de dar principio á nuestra narracion, no será inútil consignar algunas verdades, cuyo conocimiento ha de derramar mucha luz sobre esta historia.

1.º *La obra de Pompeya es eminentemente obra de Dios.* La Virgen Santísima la dirige para su mayor gloria. El medio de que se vale para su dilatacion, son los *prodigios*.

Ocúltase en esta obra un misterioso y arcano designio de Dios sobre los hijos de los hombres. Y cuando es *consejo del Atisimo*, no hay fuerza humana que pueda impedir su pleno cumplimiento: *Non est sapientia, non est prudentia, non est consilium contra Dominum* (1). Lo que sí podemos asegurar sin peligro de equivo-carnos, es que toda esta obra la rige y la endereza uno de esos misericordiosos designios de

(1) Proverb. cap. 21. v. 3º.

Dios, rico en misericordia, que en las épocas más desastrosas para la Iglesia hace gala de sus inefables misericordias para con los hombres.

Y sobre este particular debemos confesar aquí que nosotros mismos, por no conocer esos amorosos y soberanos designios de Dios en pró del género humano, hemos quedado muy sorprendidos. Creíamos en un principio que esos espléndidos rasgos de la divina clemencia en una época de tantas humanas aberraciones, tuviesen por mira tan sólo á los pobres y sencillos campesinos de este Valle, y en esta persuasion, siguiendo fielmente los impulsos que sentíamos en nuestro interior, nos limitábamos á educar é instruir á esta pobre gente. Pero multiplicándose cada vez más y más en número y grandeza los prodigios de la divina Madre de Misericordia con el trascurso de los años; la innumerable muchedumbre de cartas que todos los dias y de las más remotas regiones del globo llegaban á mis manos, unas dando gracias á la soberana Bienhechora por los beneficios recibidos de su maternal largueza, y otras implorando de su poderoso Patrocinio nuevos favores; aumentando cada vez más el concurso de los forasteros, y entre éstos personajes ilustres del clero y del laicato, Autoridades del Estado y más todavía de la Iglesia, hasta el punto de vernos no pocas

veces en la imposibilidad de poder atender á tantos y tan graves cuidados como todo esto nos ofrece (y sin embargo vamos siempre adelante), no hemos podido menos de exclamar: *Digitus Dei hic*. Es obra de Dios (1) que se manifiesta tanto más misericordioso con los hombres cuanto éstos viven más olvidados de Él; es amoroso designio de Dios que quiere glorificar en éste hasta hace muy poco oscurísimo lugar á su benditísima Madre, abriendo una vez más los riquísimos é inagotables tesoros de sus inefables misericordias, y haciendo verter su ancho raudal por manos de la más bondadosa de las manos sobre todos los que, deseando aprovecharse de ellas, acuden confiados á su omnipotente mediacion; es designio de misericordia de Dios, sí, pero en favor de todos los hombres.

2.º Si la Obra de Pompeya es obra exclusivamente de Dios, necesariamente ha de ser contrariada por los hombres, porque el signo característico y distintivo propio de las obras de Dios, es ser hostilizadas por el mundo.

Nos consuela el Evangelio cuando nos presenta á nuestro Salvador y nuestro soberano Capitan hecho el blanco de las iras y contradicciones del mundo: *Ecce positus est hic... in*

---

(1) Exod. c. VIII, v. 19.

*signum cui contradicetur* (1): todas sus obras llevan este sello divino, que las distingue perfectamente bien de todas las demás y las pone á salvo de toda falsedad y superchería. *La señal más segura*—nos decía nuestro soberano Pontífice Leon XIII—*de que vuestra obra es obra de Dios, es que sufrís contradicciones; pero la Virgen Santísima hará que triunfe su obra.*

Y efectivamente, se podrá ver en esta historia como no ha habido ningún triunfo del Santuario sin rudísimo combate, ni gloria que no haya sido precedida de muchas humillaciones.

Verán, pues, los que leyeren esta historia, cómo á nuestros mayores consuelos y á los días de nuestras alegrías más puras, han sucedido siempre grandes amarguras y tristes días de prueba: el día de placer ha sido siempre víspera del pesar: *Extrema gaudii luctus occupat* (2). Pero en todas nuestras amarguras y en las más duras pruebas á que hemos sido sometidos, nos ha sostenido y alentado la benéfica al par que poderosa mano de la excelsa Reina y Señora de este Valle, que se intitula Reina de las Victorias.

(1) Luc. c. II. v. 34.

(2) Parab. Salom. cap. XIV. v. XIII.

3.º En esta obra de Pompeya, maniféstase palpablemente una soberana *Providencia*, con tan arrogante y único descaro negada y blasfemada en nuestros días por los que se atribuyen á sí propios el título honorífico de sábios.

Sin bienes propios, sin ningun capital asignado, sin ninguna clase de rentas fijas, sin sobrante alguno en los pagos, sin la más insignificante ayuda pecuniaria de parte del Ayuntamiento ni de Ministerio alguno, inviértense semanalmente de cuatro á cinco mil *lire*, y se mantienen diariamente doscientas cincuenta familias, obreros, niños y huérfanas. El sábado por la noche queda el erario exhausto, no se deja en él un cuarto; y á pesar de ello, el sábado siguiente se halla siempre con suficiente dinero para satisfacer todos los gastos de la semana. Este hecho constante data desde hace doce años; y con tan inverosímil sistema, hemos llegado ya á gastar la respetable suma de *un millon y más de lire*. ¿Existe ó no *Providencia*?

4.º De cuanto voy á decir respecto de los hechos que á mí mismo me han sucedido, y de los que yo mismo he sido y soy testigo ocular al presente, fácilmente podrá persuadirse cada cual de que no puede haber *ningun pecador tan perdido*, ni alma tan esclavizada por el desapiadado enemigo del hombre, Satanás; *que no*

*pueda salvarse por virtud y eficacia admirables del santísimo Rosario de María*, asiéndose de esa cadena misteriosa que del cielo nos tiende la Reina misericordiosísima de las místicas rosas para salvar á los tristes náufragos de este borrascosísimo mar del mundo.

5.º Para lleva felizmente á cabo las obras más grandiosas y las más árduas y difíciles empresas iniciadas para honra y gloria de Dios, ninguna falta hacen ni las *riquezas*, ni el *poder*, ni la *ciencia*: cuando se obra con debida subordinacion y sinceridad, basta una cosa, y es la *rectitud de intencion*; ésta es la que atrae sobre el hombre las miradas del Todopoderoso, le colma de sus soberanas bendiciones, y le reviste de maravilloso y sobrehumano poder.

## CAPÍTULO II.

### EL VALLE INEXPLORADO.

#### § I.—Los Monumentos.

Pero antes de dar principio á su descripcion, no será del todo fuera de propósito consignar aquí algunos detalles acerca del lugar, que es

venturoso teatro de los acontecimientos que forman el objeto de esta historia.

Si la construccion de una nueva ciudad y de un templo suntuoso, monumental, que tan poderosamente llama la atencion de propios y extraños, en poquísimos tiempo levantado en un terreno hasta há poco desconocido y abandonado, es un hecho extraordinario, importa conocer la historia antigua de ese lugar que la Providencia ha destinado para teatro de sus portentos en nuestro descreido siglo, que de Providencia entiende muy poco, y lo que es al presente ese dichoso sitio que la soberana Reina de los Angeles se ha escogido para colocar en él el trono augusto de las magnificencias de su maternal bondad, y de su dulcísima é inagotable misericordia en favor de la infeliz descendencia de Eva.

El viajero que del Anfiteatro de Pompeya se dirige á Scafati, y fija su mirada en la dilatada campiña que le rodea, disfruta el magnífico panorama de una amenísima vega que, situada en la parte meridional del Vesubio, regada á derecha é izquierda por el *Sarno* y el *Canal del Sarno*, y fertilizada por las mansas corrientes de estos dos rios, se extiende feraz y risueña vários kilómetros alrededor de las solitarias ruinas.